

SAN SERAFÍN DE MONTEGRANARIO
en el IV centenario de su muerte
Don al VII Consejo Plenario de la Orden

M e n s a j e

*A los Hermanos de la
Provincia de las Marcas y a
todos los Hermanos de la Orden*

Queridos Hermanos:

Nuestro compromiso de servicio a la Orden, a pesar de los muchos acontecimientos que nos rodean, no nos permite pasar por alto la celebración, tan importante como estimulante, del *cuarto Centenario de la muerte de san Serafín de Montegranario*, acaecida en el convento de Ascoli Piceno el 12 de octubre de 1604.

Nuestros santos no nos dan tregua; no sólo los últimos que la Iglesia nos ha concedido, como Pío de Pietrelcina, Bernardo de Corleón e Ignacio de Santhià, sino también los primeros, los de los comienzos de nuestra historia, entre los que se encuentra Serafín de Montegranario, canonizado por Clemente XIII en 1767. Ellos nos ayudan a tener esperanza y confianza.

Hablar de san Serafín de Montegranario es como subir sobre las montañas para encontrar refrigerio y aire fresco después de este caluroso verano; y en la confusión y en las múltiples actividades frenéticas que rodean el espíritu de nuestros contemporáneos es como volver a encontrar el “*unum necessarium*” del Evangelio que nos empuja hacia lo esencial; es como sumergirse en el carisma de la Orden que brilla genuino en el testimonio de santidad de este Hermano nuestro; es como encontrar una historia que parece ya tan lejana en el tiempo y que, sin embargo, nos pertenece y es del todo actual. Esta historia merece ser revisada, conservada en la memoria y meditada con verdadera atención y afecto, particularmente por los hermanos de la Provincia de las Marcas, donde la Orden encontró un gran florecimiento y dio verdaderos frutos en el pasado: ellos están comprometidos en primera persona en el júbilo y en la gracia de este Centenario, pero desean alegrarse unidos en comunión con los demás hermanos esparcidos por el mundo entero.

Pero, ¿Cómo hablar de san Serafín? Una publicación reciente del Hermano Giuseppe Santarelli sobre la *Vida de san Serafín de Montegranario* (Ancona 2003), muy bien ambientada en el contexto histórico y geográfico y escrita con motivo de la celebración del solemne centenario, me presta un buen servicio y a ella os remito.

Nacido en Montegranario en el 1540 de humilde familia, Félix (este era su nombre de Bautismo) pasó su primera juventud como pastor y más tarde como peón de albañil, hasta que a los 18 años entró en el noviciado de los capuchinos en Jesi. Superada una grave crisis espiritual, alcanzó con la renuncia a sí mismo la perfecta paz del espíritu. Por eso estaba dispuesto a todo, y a lo largo de sus 64 años de vida fue cambiado continuamente de convento en convento, en su Provincia de las Marcas, desde los límites de la región de la Romagna a los de los Abruzos, incluida su última demora en Ascoli Piceno, donde residió más tiempo hasta que lo visitó la hermana muerte.

Esta continua itinerancia no lo angustiaba. Era fruto de la obediencia, de su pobreza y humildad, porque, al sentirse no preparado por su sencillez para algunos servicios conventuales, que incluso cumplía muy bien, su presencia taumátúrgica atraía a la gente, molestaba en los conventos y preocupaba a los religiosos. Los milagros florecían, tanto que un hermano Guardián le ordenó que dejara de hacer tantos prodigios. Serafín con esta sobreabundancia de gracias se defendía: “Vete, y quédate calladito, calladito, santito, porque no he sido yo, sino que ha sido Cristo y tu fe las que te han curado”. Y al que lo mortificaba, del todo jubiloso decía: “Ah, santito, santito, ¡que Dios te bendiga! ¡Merezco el purgatorio! Soy un pecador. No tengo nada: sólo tengo el Crucifijo y el rosario; pero con ellos espero ayudar a los hermanos y hacerme santo”.

En esto se encierra todo. Esta es la sabiduría de san Serafín; esta es su verdadera iconografía. Dos aspectos externos, siempre conservados, conforman toda su figura, sin adornos y casi ruda, y son el pequeño Crucifijo de latón y el rosario en la mano. Su devoción al crucificado y a la Virgen estaban llenos de sabiduría celestial que no raramente dejaba admirados a sabios y a teólogos. El crucifijo lo llevaba siempre en la mano y lo daba a besar a todos. Serafín es un hombre totalmente humilde y humillado, pero siempre alegre y espiritualmente lúcido.

Perfecto observante de la regla de la pobreza y conformado totalmente con la espiritualidad penitencial, contemplativa y apostólica de las Constituciones de la Orden, había conseguido hacer de la iglesia su propia celda, porque habitualmente, sobre todo de noche, estaba más tiempo en la iglesia que en su celda. Estaba literalmente hambriento de Eucaristía y de sacramentos; tenía sed de oración y de sufrimientos. Enamorado de los misterios de Cristo y de la Virgen, le encantaba meditarlos y se extasiaba. Deseaba formar parte de la familia conventual de Loreto o de Roma para poder ayudar muchas misas cada día. De aquí su celo por colaborar con Cristo en la salvación de las almas, sus pequeñas y profundas exhortaciones espirituales, su fructuoso apostolado vocacional, su veneración hacia los sacerdotes, su compasión con los enfermos, atribulados y los pobres, su valioso empeño en la pacificación social y familiar, su ardor misionero y su profundo deseo de sufrir el martirio, constituyen hoy un valiosísimo icono del carisma capuchino.

Queridos hermanos, desde que la Iglesia con el Concilio Vaticano II nos ha llamado a renovar nuestra vida consagrada, a volver a las fuentes originales, a revisar nuestras Constituciones para adaptarlas a los signos de los tiempos, no hemos cesado de preguntarnos sobre nuestra identidad como hermanos menores capuchinos. En los Consejos Plenarios de la Orden, a partir del 1971, hemos meditado sobre la vida fraterna, sobre la pobreza y la minoridad, sobre la oración, sobre la vida y actividad misionera, sobre la formación a nuestra vida según la forma del santo evangelio, sobre nuestra presencia profética en el mundo, sobre la pobreza vivida en fraternidad y ahora estamos preparando una reflexión sistemática sobre la minoridad y la itinerancia a la luz de la teología de la comunión.

Indudablemente que la Orden ha realizado un inmenso trabajo de autocomprensión y ciertamente hoy somos más conscientes de nuestra identidad específica y de nuestro carisma en la Iglesia. Sin embargo esto no es suficiente. Por eso el Papa, con ocasión del Capítulo general del año 1988, nos recomendaba: “Un paso decisivo a cumplir deberá ser el de imitar mayormente a san Francisco en su preocupación de no quedar sólo en el plano de las palabras, sino de pasar a los hechos. Comprometeos, seriamente y con realismo, en este proceso de aplicación práctica, a todos los niveles, según aquellos criterios de vida y de esperanza que ya tenéis; tratad de encarnar con humildad, con sinceridad y hasta sus últimas consecuencias aquellos valores que conforman vuestro carisma” (*Analecta OFM Cap.* 104 [1988] 163).

En esta urgencia de “pasar a los hechos” nos viene al encuentro como un icono, como un espejo lucidísimo, la experiencia y la santidad de Fr. Serafín de Montegranario. Un hermano, iletrado, pero que, sin embargo, ha estudiado la sabiduría de Dios en Cristo Crucificado: “Este es el verdadero

libro que conviene estudiar para hacer predicaciones provechosas a los pueblos”, decía él a los predicadores sacando de su manga el Crucifijo de latón. Él con la sabiduría que viene de lo alto nos enseña como maduro maestro la verdad de nuestra vida capuchina, realizando el sueño de Francisco de Asís de un Capítulo general de todos los religiosos donde los sabios hablan con sencillez y los sencillos con agudeza y dulzura bajo la inspiración del Espíritu Santo (cf. *2Cel.* 191).

En el espejo de su vida encontramos la solución magistral de nuestra renovación en la fraternidad, en la pobreza, en la oración del corazón y en el apostolado y podemos individualizar las líneas maestras de la minoridad y de la itinerancia evangélica que la Orden se prepara a meditar y traducir a la práctica en el próximo Consejo Plenario.

San Serafín nos invita a todos a replantearnos nuestras relaciones mutuas, como fraternidad evangélica, en la unidad del carisma, y nos interpela y nos empuja a conformar nuestra vida con las exigencias de la itinerancia. En su escuela comprendemos que la itinerancia exige desprendimiento y pobreza de espíritu; ella nos pone en camino, creando en nosotros la conciencia activa de ser peregrinos y forasteros en este mundo, no teniendo donde reclinar la cabeza. En términos más concretos, la itinerancia nos empuja a no construir nuestro propio nido para encerrarnos en las comodidades del consumismo y en la apatía e indiferencia de la secularización, como también de no apropiarnos de ninguna actividad apostólica como coto privado de caza.

Positivamente la itinerancia nos abre a la libertad de los hijos de Dios y dilata nuestro corazón hacia una disponibilidad pastoral más amplia para enviarnos a la búsqueda de los alejados, de los extraviados de corazón; suscita en nosotros unas aspiraciones apostólicas que nos hace volver a encontrar el camino, trazado por Aquel que se ha hecho nuestro camino, a lo largo del cual se encuentran los hermanos con los que se comparte la obediencia de la caridad y el poderoso estímulo del amor de Cristo sabiendo que uno ha muerto por todos. Una fraternidad itinerante para que el mundo crea.

Queridos hermanos de la Provincia Picena, encontrad en san Serafín la fuerza espiritual de vuestra fecunda tradición capuchina. Él ha sido un religioso contemplativo, un religioso pobre y austero, un verdadero hermano menor, un fraile del pueblo al servicio de los hermanos, un religioso enamorado de la creación. Este Centenario se convierte así en una gracia y en un don del Espíritu para vosotros y para toda la Orden. Dejaos cautivar y conquistar por aquel amor sin medida del Crucifijo de san Damián que transformó el corazón de Francisco, también nosotros queremos acoger la “teología vivida” por san Serafín de Montegranario que nos enseña su pequeño Crucifijo de latón, para que nuestro corazón sea transformado por su mirada llena de compasión y aprendamos a abrazar con alegría la conversión a la minoridad, “como peregrinos y forasteros en este mundo, sirviendo al Señor en pobreza y humildad”. Y su rosario, confeccionado con cañas de hinojo y trocitos de calabaza, uniéndonos mutuamente en la caridad, en este año del Rosario proclamado por Juan Pablo II, afianzará en nosotros aquella devoción filial a la Virgen, que es dulce camino para entrar en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Con estos deseos e implorando la intercesión de san Serafín sobre el próximo Consejo Plenario, os abrazo a todos fraternalmente.

Roma, 21 de septiembre del 2003
(Prot. N. 00725/03)

fr. John Corriveau
Ministro general OFMCap.